

#### 4. Algunas tendencias pseudocientíficas<sup>23</sup>

En el año 1952, en un libro titulado *In the Name of Science* (En nombre de la ciencia), examiné diversos aspectos de la pseudociencia contemporánea. El libro fue publicado inicialmente por Putnam, se agotó, y posteriormente fue editado por Dover como libro de bolsillo bajo el título de *Fads and Fallacies* (Modas y falacias). Aquí aparecía un nuevo capítulo dedicado al caso Bridey Murphy. ¿Recuerdan a Bridey? Millones de lectores se tomaron en serio el libro de Morey Bernstein, hasta que un diario de Chicago descubrió que la Sra. Virginia Tighe, que en estado hipnótico parecía ser la reencarnación de una muchacha irlandesa llamada Bridey Murphy, lo único que estaba haciendo era desempolvar sus recuerdos de una Bridey Murphy auténtica que vivía en Chicago en la acera de enfrente de la casa donde Virginia había pasado su infancia. Aquello fue el fin de Bridey.

Pero, desde luego, no fue el fin de la pseudociencia. Desde la desaparición de Bridey ha sucedido lo suficiente como para llenar otro libro sobre el tema. No tengo ninguna intención de escribir semejante libro, pero la petición de un artículo por parte del editor de este volumen me proporciona la oportunidad de comentar brevemente algunos de los más interesantes desarrollos acontecidos recientemente en esta curiosa zona crepuscular.

A John Campbell, editor de *Analog Science Fiction*, le gusta fomentar la circulación de su revista introduciendo alguna nueva insensatez científica de vez en cuando. Sus lectores (si confiamos en los estudios del propio Campbell) se las tragan con gran avidez. Primero fue la dianética, esa gran aproximación nueva a la psiquiatría forjada por L. Ron Hubbard, en la que la neurosis se remonta a lo que el embrión tiene ocasión de escuchar en el vientre de su madre. Después llegó la psiónica: máquinas electrónicas dedicadas a la ejecución de hazañas de percepción extrasensorial. Una vez agotada la superchería psiónica, Campbell dirigió sus pasos al impulso espacial de Dean. Este artilugio fantástico rota pesos de tal manera que,

según se dice, da lugar a una tracción espacial. Cuando se coloca este artilugio en la báscula del cuarto de baño y se le conecta, parece perder peso: Campbell lo calificó de auténtico «alzador del elástico de la bota»<sup>24</sup>. El padre de este invento fue Norman L. Dean, un hombre que tasaba hipotecas para la Administración Federal de la Vivienda en Washington, y al que Campbell dio publicidad por primera vez en un artículo publicado en el número de junio de 1960 de la revista *Analog*. «No quiero insistir en el hecho de estar indiscutiblemente en lo cierto —escribía Campbell, en un inusual arrebatado de humildad—, pero mi opinión es que...» y pasaba a decir que la negativa del gobierno a tomarse en serio la máquina de Dean era equivalente al desprecio con que en su día tratamos al sistema solar.

*¡Oh, máquina de Dean, máquina de Dean!,  
¿Por qué? Si la instalas en un submarino,  
éste vuela tan alto que la vista no lo alcanza.  
¡Maravillosa, maravillosa máquina de Dean!*

Escribió Damon Knight en una divertida revista de ciencia ficción. (El resto de su poema constituye una burla de otros entusiasmos de Campbell.) Los lectores leales a Campbell quizás continúen pensando que la ortodoxia científica es demasiado inflexible como para aceptar el hecho de que haya que revisar las leyes newtonianas del movimiento, pero el propio Campbell ha permanecido tan callado últimamente en lo que se refiere al impulso de Dean, que provoca la sospecha de que incluso ha llegado a convencerse de que no funciona<sup>25</sup>. El actual silencio sobre el tema en *Analog* resulta ominoso. ¿Cuál será la siguiente puerta que abra John?

En el campo de la medicina, el acontecimiento más digno de mención, relevante de cara al tema que nos ocupa, es el descubrimiento de la Food and Drug Administration de que el krebiozeno, que ha sido objeto de tanta publicidad como droga anticancerosa, no es más que pura creatina. La creatina es un producto químico bastante barato que cuesta 30 centavos el gramo. La mayor parte de los 5.000 pacientes que han ingerido K, como se le llama, durante los últimos 13 años

han hecho una «donación» de 9,50 \$ por dosis, y cada dosis contiene unas 100 milésimas de gramo. Algunos años atrás, los partidarios del K citaron al gobierno un precio de 170.000\$ por gramo. Un hombre normal posee unos 120 gramos en su cuerpo, y la investigación previa realizada ha demostrado que esta sustancia química no ejerce efecto alguno sobre células cancerosas. Los partidarios del K continúan insistiendo en que el K *no* es creatina, pero la postura del gobierno parece firme. El «Dr.» Carlton Frederick, conocido comentarista de radio en materia de dietas, se consagró en cuerpo y alma al K a comienzos de 1963. Nunca le escuché, por lo que no puedo informar sobre cómo respondió al descubrimiento de la F.D.A. (Pongo «Dr.» entre comillas porque la mayor parte de los seguidores de Frederick piensan que es médico, o al menos especialista en nutrición. Es doctor en filosofía, por la Facultad de Educación de la Universidad de Nueva York, con una tesis sobre las respuestas de sus oyentes femeninas a sus propios programas de radio<sup>26</sup>.)

En materia de publicación de libros, el gran escándalo de estos últimos años ha sido la promoción de Simon y Schuster del infame *bestseller* del Dr. Herman Taller, *Calories Don't Count* (Las calorías no cuentan). Los editores de S.S., viendo en el manuscrito la posibilidad de un éxito financiero, tuvieron la precaución de no enviarlo a ningún experto para su evaluación (práctica que normalmente se sigue tratándose de libros de carácter científico). Fue hábilmente reescrito por Roger Kahn, un redactor deportivo *freelance*. Y lo que es todavía peor, a un ayudante de uno de los editores se le pidió que insertara en el manuscrito ciertas referencias a unas cápsulas de aceite de cártamo, así como que mencionara que podían comprarse en Cove Pharmaceuticals, una compañía de Nueva York. Dos vicepresidentes de S.S. eran accionistas de la compañía.

Las cápsulas fueron consideradas sin valor por la F.D.A. Debido a que la ligazón existente entre el libro y las cápsulas inducía a engaño en el etiquetado del producto, la F.D.A. secuestró los ejemplares del libro junto con los suministros de cápsulas. Desde entonces S.S. suprimió la referencia a Cove Pharmaceuticals, pero

el libro continúa vendiéndose ampliamente como libro de bolsillo, haciendo creer a cientos de miles de lectores obesos que pueden reducir peso sin recortar su ingestión de calorías. El Dr. Taller, ginecólogo, hizo una fortuna con este libro, así que imagínense la que haría S.S. Fue su libro más rentable en 1962.

La última muestra de inmadurez científica ha aparecido en las páginas de *Harper's Magazine*. En el número de enero de 1950 de *Harper's*, Eric Larrabee, que entonces era uno de los editores, expuso al público por vez primera las grotescas fantasías cosmológicas de Immanuel Velikovsky. El primer libro de Velikovsky, *Worlds in Collision* (Mundos en colisión), fue publicado por Macmillan con mucha fanfarria. Posteriormente, bajo la presión de algunos científicos, Macmillan traspasó el libro a Doubleday. Trece años después, un anuncio de toda una página en el *New York Times Book Review* (28 de julio, 1963) anunciaba que Larrabee atacaba de nuevo. En un artículo publicado en el número de agosto argumentaba que, aunque los científicos «ortodoxos» (esas obstinadas almas sesgadas que rehúsan leer a Velikovsky con una mente abierta) todavía no habían reconocido la teoría de Velikovsky, respetables científicos de aquí y allá estaban empezando a tomarse en serio partes de ella. El artículo es una obra maestra del argumento evasivo.

El corazón de la teoría de Velikovsky es que, en época histórica, irrumpió un cometa gigantesco procedente de Júpiter, el cual finalmente se asentó para luego convertirse en el planeta Venus; pero antes de hacerlo pasó muy cerca de la tierra, haciendo que su rotación se decelerara o posiblemente se parara. (Así encuentra Velikovsky explicaciones científicas para relatos bíblicos tales como el exitoso esfuerzo de Josué por detener el movimiento del sol y la luna en el cielo.) Naturalmente, semejante interrupción en la continuidad de la rotación de la tierra causaría enormes efectos inerciales sobre la superficie entera de la tierra. Velikovsky opina que en aquel momento la tierra también invirtió sus polos magnéticos.

Los geólogos nunca han negado que hayan ocurrido todo tipo de acontecimientos catastróficos en el pasado geológico de la tierra, incluyendo muchas inversiones de los polos magnéticos. Lo que convierte la idea de Velikovsky en algo tan descabellado es su insistencia, absolutamente vital para la teoría, en el hecho de que tales catástrofes ocurrieran hacia el 1500 antes de Cristo. Voy a exponer únicamente un ejemplo de la técnica de Larrabee: cita un párrafo de un artículo sobre el magnetismo de la tierra que apareció en el número de septiembre de 1955 de *Scientific American*. El autor, S. K. Rankin, escribe que los polos magnéticos de la tierra de hecho han sufrido inversiones en el pasado. Lo que Larrabee astutamente oculta al lector es que Rankin está considerando acontecimientos ocurridos durante el período Terciario de la tierra, que él mismo data entre 60 y 1 millones de años atrás.

El hecho de que quizás se produjera una catástrofe sísmica mundial, a la escala requerida por la teoría de Velikovsky, aproximadamente en torno al 1500 a. de C., está tan absolutamente descartado por la evidencia geológica que ni un solo geólogo respetable ha tomado semejante idea en serio.

Los editores de *Harper's* tuvieron la amabilidad de permitir a Donald Menzel, astrónomo de Harvard, que explicara en su número de diciembre por qué los astrónomos ignoraban a Velikovsky, pero Larrabee gozó de la última palabra en una página de réplicas. Este mismo número de la citada revista contiene un artículo de Upton Sinclair titulado «Mi dieta antiyaquecas». Según parece, Sinclair sufrió continuas yaquecas por espacio de cincuenta años. Intentó acabar con ellas primero haciéndose vegetariano, y luego un entusiasta de la comida cruda. Pero un libro firmado por alguien llamado Salisbury le convenció de que la comida cruda le estaba haciendo un «boquete» en el estómago; así pues, probó la dieta milagrosa de Salisbury a base de carne fresca y bien picada. El milagro no se produjo. Sinclair pasó a continuación a una «cura de ayuno», manteniéndose durante 11 días a base de agua y zumo de naranja. Esto tampoco funcionó. Leyó en alguna parte que a los soldados del rey Ciro se les obligaba a sudar todos los días, por lo que emprendió

una «cura de sudor». Finalmente, a la edad de 76 años, dejó de tener jaquecas. Como es natural, Sinclair (cuyos conocimientos de nutrición están a la par con los conocimientos de geología de Larrabee) atribuye su «curación» al sistema de alimentación que seguía en ese momento: una dieta de arroz integral y fruta fresca. Describe esta maravillosa dieta, recomendándosela a todos los lectores de *Harper's* que padezcan jaquecas.

Libros sobre ocultismo y fenómenos psíquicos continúan siendo publicados por las casas editoriales más grandes y respetables del país. En los últimos años se ha producido una acusada tendencia al interés por el ocultismo por parte de los psicoanalistas americanos. El propio Freud creía en la telepatía mental, y durante muchos años estudió seriamente las visiones numerológicas de su más querido amigo, el Dr. Wilhelm Fliess. También resultan conocidas las creencias ocultistas de Jung. El número de verano de 1963 de *Psychoanalytic Review* contiene un artículo del ocultista Nandor Fodor (miembro del consejo editorial de la revista) en el que defiende que Jung era un médium capaz, en ocasiones, de inducir fenómenos paranormales. En Inglaterra, Mark Hansel, profesor de psicología de la Universidad de Manchester, ha investigado tests clásicos de PES (percepción extrasensorial), pruebas supervisadas por J. B. Rhine en los Estados Unidos, y en Inglaterra por S. G. Soal<sup>27</sup>. Los estudios de Hansel han descubierto pruebas que inducen firmemente a sospechar fraudes deliberados en muchos casos en los que anteriormente no se habían sospechado. Se podría esperar que este tipo de descubrimiento apareciera ampliamente reflejado en periódicos y revistas de los Estados Unidos. ¿Por qué no es así? La respuesta es muy simple: la evidencia negativa de PES carece del valor dramático que poseen las noticias de evidencia positiva.

Así es. Pasará mucho tiempo antes de que el ciudadano medio esté lo suficientemente bien informado en materia de ciencia como para convertir en algo improductivo la promoción de libros pseudocientíficos escritos a nivel popular. Y en tanto en cuanto sigan siendo productivos, podemos estar seguros de que se seguirán escribiendo e imprimiendo.

## **Anexo**

Escribí esto a petición de un amigo, Ricky Jay, que hoy día es un destacado mago profesional y autor de un libro muy divertido, *Cards as Weapons* (Las cartas como armas) (Darren House, 1977). En la época en que escribí este artículo, Ricky era editor de *The Quid*, una publicación de su escuela superior. Aquí he recuperado los dos últimos párrafos, que entonces fueron recortados por falta de espacio, y he añadido las notas.